

Diagnosticar mucho, actuar poco

Alberto Amon Jadue

Facultad de Ingeniería y
Empresa UCSH



En Chile todo se mide. Hay encuestas, estudios, comisiones, observatorios, rankings, mapas de calor, informes trimestrales, auditorías, indicadores de gestión y, más recientemente, dashboards en tiempo real. Sabemos cuántos niños desertan del sistema escolar, cuántos hospitales están colapsados, cuánto demora una causa en tribunales, qué porcentaje de basura se recicla e incluso cuántos pacientes esperan más de un año por una operación. El diagnóstico lo tenemos claro. Lo que no se percibe con contundencia es la acción y los resultados, lo que produce frustración, pesimismo y conformismo.

Por ejemplo, en educación, un informe de diciembre de 2024, elaborado por la sección de Asesoría Técnica Parlamentaria, de la Biblioteca del Congreso, sobre inasistencia escolar grave (por debajo del 85%), señala que las cifras se han duplicado entre 2018 y 2023. En salud, de acuerdo con datos

del Centro de Estudios sobre Seguridad Social, Ciedess, las listas de espera para intervenciones quirúrgicas no GES alcanzaron 365.257 casos al segundo trimestre de 2024. La mediana de espera para estos casos era de 305 días.

En seguridad, según un estudio de Libertad y Desarrollo, durante 2024 la suma total de delitos violentos alcanzó su registro más alto en los últimos diez años, con más de 196 mil casos. Y respecto de los campamentos en Chile, cifras del Minvu señalan que aumentaron un 31% entre 2022 y 2024. Así se podría continuar en muchos otros ámbitos. ¿Por qué cuesta tanto pasar del diagnóstico a la solución? ¿Nos hemos acostumbrado a vivir en la inercia de la constatación?

Puede ser una mezcla. Culturalmente tendemos a la desconfianza frente a una solución propuesta. La primera reacción suele ser el escepticismo. Basta ver cómo se recibió el plan de vacunación masiva contra el covid-19, un éxito reco-

nocido a nivel internacional, pero aun así cuestionado desde el inicio por sectores que dudaban de su eficacia o intenciones.

Políticamente, se ha vuelto más rentable prometer que ejecutar. Un buen diagnóstico genera titulares, aplausos técnicos y una sensación de control. Pero implementar implica correr riesgos, enfrentarse a intereses y asumir costos.

Y, mientras tanto, la ciudadanía se cansa. La política se desprestigia. Las instituciones pierden legitimidad. Y lo más grave: se instala la idea de que nada puede cambiar, aunque todo se esté midiendo.

Quizás llegó la hora de diagnosticar menos y hacer más. De equivocarse haciendo, en lugar de acertar en diagnósticos que terminan archivados —y que cuestan millones a los contribuyentes—. Porque, al final, el verdadero termómetro de un país no está en sus gráficos, sino en su capacidad de transformar la realidad que esos gráficos describen.

“Implementar implica correr riesgos, enfrentarse a intereses y asumir costos”.